



TESTAMENTO DEL ASNO.

Yo, triste Asno cansado,
derrengado, pobre y viejo,
que es la desdicha mayor
que me pudo dar el tiempo:
cansado de trabajar,
he llegado á tal extremo,
que me dan unos sudores
que me hacen temblar el cuerpo.
Ayer, trayendo una carga,
le derribé á un pobre ciego:
dióme mi amo de palos,
y de ellos estoy enfermo.
Y es la desgracia mayor
que duerino siempre al sereno,
paciendo yerba escarchada,
sujeto al granizo y hielo.
Es un gallego mi amo,
y en la condicion un perro,
que suele matarme á golpes,
aunque no se los merezco.
Por no gastar dos reales,
ando descalzo, y me quiebro,
al resbalar de los pies,
los dientes cabeza y cuello.
En el rigor del verano
no me da ningun refresco
de yerba, alcacel ni havena,
antes me quita el sustento.
Ya no me puedo tener
con la flaqueza que tengo;
iréisme, querido hijo,
á Jauja por un barbero,
y traedme un dotor de asnos,

podrá ser darme remedio.
Llevareis cien mil escudos,
porque no os falte dinero,
que siempre en jornadas largas
suele ser de gran provecho.
Un dromedario llevad,
y partid luego al momento,
con diligencia y cuidado,
considerando cual quedo.
Decid que traiga el estuche
y ballesta, pues entiendo,
que es menester que me sangre,
porque se me quite el muermo.
Trasquilaránme la lana,
que con la fiebre que tengo,
me roen piojos y pulgas,
dándome grande tormento.
El burro, su hijo, responde
con notable sentimiento,
y sollozando le dice:
pésame esteis indispuesto.
A lástima me ha movido,
que esteis, padre, tan enfermo;
favoreceros es justo,
y como hijo os obedezco.
Voy á apereibir la carga,
la maleta y el dinero;
y pues próspera fortuna
me dió riquezas, prometo
gastarlas todas por vos,
y aun es poco lo que os debo.
Con esto quedad en paz,
dadme un abrazo, que espero,



mediante el favor de mayo,
buscaros todo el remedio.

Abrazáronse los dos,
é hicieron tal sentimiento,
que los jumentos lloraron,
tiernos de ver los extremos.

Era el tiempo de calores,
que á los simples animales
tábanos y moscas pican
debajo del ataharre:

comienzan á revolverse,
rebuznando y dando pares
de coses unos con otros,
con un tropel admirable.

El hijo del asno enfermo
trajo alli luego al instante
el dromedario, y cargó
lo preciso é importante,
y á buscar lo referido
melancólico se parte.

Llegó en fin por sus jornadas
á Jauja, tierra agradable:
fue á casa de un Arlequin,
quien le hizo buen hospedage,
y le dió cebada fresca,
con que remedió su hambre.

Buscó dotor y barbero,
dióles relacion bastante
de la enfermedad ya dicha,
que fatigaba á su padre.

Les enseña en una cesta
la vejiga de un gigante,
en que venia la orina
mas espesa que jarave.

á la luz de un candelero
la ponen, porque declare
la enfermedad del borrico;
y mirándola, al instante
dijo admirable prodigio!

ó está muy malo tu padre,
ó esta orina es de borrica.

Aqueste es gran disparate,
respondió el pollino entonces,
pues yo sé que es de mi padre.

Vos hablais como un jumento,
vuestro dicho en burla pase,
y si me dais mil ducados
iré luego á visitarle.

Mil ducados? decontado;
y aun prometo regalarle
conforme á su calidad,
aunque yo sepa empeñarme.

Efectuóse el contrato,
y luego al momento parten,
barbero, burro y dotor,
y siguiendo su viage,
caminaron cuatro dias,
llegaron con bien á Grate,
donde estaba el Asno enfermo
con calentura notable.

Entró el dotor, visitóle,
mandó que luego le sangren,
y que le tiren del rabo,
porque asi el humor se esparce.

Tomóle el pulso el dotor,
mandóle beber vinagre
para matarle la sed,
que la tenia insaciable.

Buen ánimo, señor asno,
le dice con voz suave,
que luego estará mejor
si lo que ordeno se hace.

Pónganle primeramente
un emplasto en los hijares,
y le lavarán las muelas
con agua clara de estanque.

Dénle unas friegas de piernas,
remedio muy saludable,
que asi lo aprueba Galeno,
autor, aunque viejo, grave.

Daránle á comer havena,
de cebada la bastante,
y el barbero una sangría
que le haga en los paladares.

Dénle doscientas juncadas
para que el pecho se ablande,
y de almoradux le den
un azumbre de jarave.

Trasquileule todo el cuerpo
porque algun poco descansen;
descáspente la cabeza,
guardando no lastimarle.

Sáquente todos los reznos,
y el que hubiere de sacarles,
mire bien de un ojo á otro
lo de adentro no dispare.

Podrán con una almohaza
barriga y lomo rascarle,
porque los piojos y polvo
son causa de fatigarse.
Tengan con él gran cuidado,
y por mañana y por tarde
le darán mielgas y havena
picada, hasta que se harte.
Acabada la receta,
mandó luego se les pague
lo que estaba concertado
al barbero y doctorante.
Despidiéronse con esto,
y al tiempo de saludarse
se le fueron al enfermo
de confites cuatro pares.
Fuese el doctor y el barbero,
y comenzó á regalarle
al asno enfermo su hijo,
dándole cardos lechares.
Cayó el asno amortecido,
feo y mudado el semblante,
diciendo á todos: yo muero,
ya estoy al último trance.
Llámenme luego al momento
al asno de Peribañez,
que es de grande entendimiento,
y sabe bien lo que se hace.
El hará mi testamento,
vayan al punto á buscarle,
y percibirá mis mandas,
sin hacer agravio á nadie.
Llorando el burro su hijo,
dice: yo voy á busearle,
y entre tanto que yo vuelvo,
id, amigos, consoladle.
Partióse el asno chiquito,
y hallóle que estaba en Flandes,
que jugaba á la carrera
con otros asnos muy grandes.
Contóle todo el suceso,
rogóle no se escusase
de partir luego con él,
porque era muy importante.
Volviéronse todos juntos,
y en cinco dias cabales
llegaron do está el enfermo,
contentos de su viage.

Abrazáronse los dos,
y le dijo: mi compadre,
qué teneis? qué estais enfermo?
os ha dado mal de madre?
Respondióle el asno enfermo:
es mi dolencia constante,
y entiendo me estoy muriendo;
escribid, antes que acabe.
Asentad mi testamento,
que es bien que yo teste y mande
los bienes que yo poseo
á quien les toca heredarles.
Decid, compadre, que escribo
en equesta plana y márgen;
pondré bien claras las mandas,
y notaré sin que falte.
Cuanto á lo primero, mando
la cincha con el albarda
á la burra de Belerme,
por estar de mí preñada.
El ataharre lo mando
al asnazo de Panarra,
que ha sido mi compañero
en las jornadas á Francia.
El pretal de cascabeles
le mando á la burra parda,
pues al son de ellos podrá
bailar bien una pabana.
En muriendo yo, mi cuerpo
mando que la gente galga
le entierre dentro sus buches,
y que atesten bien las panzas.
Mando mi rabo de cerdas,
que un confitero le traiga
en un palo, porque espante
de moscas la vil canalla.
Item, mando mis orejas
á las damas delicadas,
porque se hagan avanicos
para dar viento á sus caras.
Doy los cascos de mis pies
al que tuviere almorranas,
porque quemados, los polvos
le sanen en breve instancia.
Item, mando den y entreguen,
bazo, corazon y entrañas
á los halcones y buitres,
que es gente noble é hidalga.



Darán mis chofes y bofes
á portugueses, que olanda
venden con el caniquí,
hurtando muchas pulgadas.
Mando hacer de mi pellejo
una criva que sea ancha,
porque coman mis parientes
bien sacudida la paja.
Han de hacer para un gaitero
una gaita zamorana
del cañon de mi asadura,
para que dé el alborada.
Item, les mando mi lengua
á las que lengua les falta,
que hallo que son tartamudas,
y no murmuran palabra.
Los sesos de mi cabeza
den á gente enamorada,
que templarán sus amores,
si mueren por Doña Urraca.
Darán á los gavilanes,
porque los dientes les faltan,
las tripas, para que coman
con peregil y mostaza.
A las hormigas les mando
toda mi cabeza vana,
que de ella podrán hacer
donde tengan su morada.
Mando, den para hacer clavos
mis herraduras gastadas,
y pueden servirse de ellos
los herradores de fama.
Le mando á mi hijo el borrico
cien mil cargas de cebada,
que se las presté al gran Turco,
y mil ducados en plata.
Treinta cargas de alcacel,
sembrado en el Alpujarra,
le mando para comer,
y de miel una canasta.
Dos millones que me debe
el rey Chico de Granada,
estos los pondrán á censo
dentro en Córdoba la llana.
Item, le mando tambien
la dehesa señalada,
que está cerca de Segovia,
con sus fuentes de agua clara.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 18.

Un navío de zapatos
forjados dentro en Vizcaya,
porque así puedan calzarse
los que son de nuestra casta.
Trescientas mantas de jerga,
cada una de seis varas,
porque abriguen bien su cuerpo,
bien tejidas y dobladas.
Concluyo mi testamento,
porque un gran dolor de hijada
me ha dado en el corazon,
y me va quitando el habla.
Cúmplase todo lo dicho,
y á quien lo contrario haga,
mi maldicion le comprenda
desde el cabello á la planta.
Apenas hubo acabado
de decir estas palabras,
estirando pies y rabo,
se quedó como un panarra.
Junto á una fuente que cubren
juncias, laureles y jaras;
los jumentos se recojen,
del sol temiendo la calma.
Y allá en su bestial idioma
unos con otros se hablan,
sollozando por la muerte
de un asno de tan gran casta.
Por ver sus lamentaciones,
muchos vienen á la estancia,
y sus lástimas confusas
hasta las piedras quebrantan.
Dijo un borrico alcoholado:
mi madre estará angustiada,
y la voy á consolar,
porque de él está preñada.
Allí un asno rucio habló,
y con la voz levantada
dijo: es muy bien que se honre,
por ser de nuestra prosapia.
Dividiéronse en cuadrillas,
y con un rumor que espanta,
las cinco letras vocales
cantaron en voz templada.
Celebráronle su muerte
nueve dias de alborada,
que un asno de tales prendas
fue muy justo que se honrara.